

Introducción

Todas las cosas, en la medida en que son un cierto tipo de realidad, son algo unitario³. Sin embargo, esa unidad se da en distintos niveles o grados: a mayor perfección en el modo de ser, corresponde una unidad más perfecta. Así, en los seres inertes, la unidad equivale a la cohesión estática de sus partes, que requiere un determinado equilibrio de estas (de tipo mecánico, químico, etc.). Por su parte, los seres vivos cuentan con una unidad superior, en cuanto esta no es ya meramente estática sino dinámica, puesto que se encuentra en continua circularidad con sus propias actividades. En otras palabras, el ser vivo es unitario en la medida en que se conserva y desarrolla a través de sus acciones.

Cabe señalar, ante todo, que la unidad de los seres vivos está configurada por dos dimensiones: su estructura y su dinamismo⁴. Se trata de dos aspectos complementarios, como lo son el ser y el

3. La metafísica tematiza este concepto como «unidad trascendental» (*unum*). Sobre este tema, puede verse AERTSEN, J. A., *La filosofía medieval y los trascendentales*, Pamplona: EUNSA, 2004.

4. Esta idea ha sido ampliamente desarrollada por Mariano Artigas en varias de sus obras, pero especialmente en ARTIGAS, M., *La inteligibilidad de la naturaleza*, Pamplona: EUNSA, 1992.

obrar. En general, aunque suele decirse que el obrar sigue al ser, en los seres vivos esta relación no es simplemente lineal, sino circular, puesto que, de alguna manera, su ser sigue también a su obrar. Así pues, la unidad del ser vivo es, al mismo tiempo, estática y dinámica, en la medida en que su estructura se conserva y desarrolla a través de su actividad específica.

Consiguientemente, la jerarquía entre los seres vivos corresponde a distintos niveles de perfección, no solo en su organización estructural, sino también en su específico modo de obrar. En el mundo material, la perfección se refleja en la propia complejidad de cada realidad; es decir, cuanto mayor variedad y articulación existe entre las partes de un determinado individuo, más elaborada y precisa es su propia actividad⁵. En efecto, la composición y organización de las partes de un mismo sujeto permite que este pueda no solo realizar movimientos, sino hacerlo como algo propio, es decir, como ser viviente. El motivo de ello es que, para que algo pueda moverse a sí mismo, es necesario que esté compuesto de partes, de las que unas son movidas y otras son motoras⁶.

5. En cambio, en el mundo espiritual la perfección se refleja en la simplicidad. En palabras de Tomás de Aquino: «El hombre, siendo más perfecto que los demás animales, tiene asimismo un mayor número de operaciones intrínsecas que los animales, puesto que su perfección se da al modo de una composición [*per modum compositionis*]. Por lo cual, en los ángeles, que son más perfectos y simples se da un número menor de operaciones intrínsecas que en el hombre, puesto que en ellos no hay imaginar, sentir, y cosas semejantes. En cambio, en Dios, no hay realmente más que una operación, que es su propia esencia» (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 30, a. 2, ad 3). Traducción al castellano realizada por los autores.

6. Cfr. ARISTÓTELES, *Física*, VIII, 4, 254 b 27-30. Desde este enfoque causal, queda excluida indirectamente la posibilidad de que algo sea en sentido estricto *causa sui*, que es una idea que surge y se desarrolla en el pensamiento moderno, particularmente desde Spinoza.

Esto parece evidente ya en las actividades vitales más básicas, como son la nutrición, el crecimiento y la reproducción; pero se da aún más profundamente en el conocimiento y en las tendencias sensibles. Por este motivo, al intentar comprender el ser humano en su específica unidad, descubrimos que esta no es solo dinámica, como en los demás seres vivos, sino que alcanza un nivel radicalmente superior al obrar de manera inteligente.

La superioridad del obrar humano no se encuentra solamente en los resultados externos a él, sino, sobre todo, en su propio hacer-se. Esto significa que somos capaces no solo de alcanzar determinados resultados, sino de conservarnos y perfeccionarnos en el tiempo, de tal manera que podemos alcanzar nuestra plenitud a través del devenir de nuestro propio obrar. En este sentido, la acción humana tiene una peculiar relación con el tiempo, en la medida en que se conecta con la totalidad de la vida. En esta línea, se ha dicho que solo el ser humano tiene pasado, presente y futuro⁷. De aquí se sigue que cada una de nuestras acciones –por más que tengan mayor o menor profundidad en la persona–, no es un simple evento, sino parte de un todo ordenado, que puede expresarse biográficamente⁸.

La específica estructura temporal de la vida humana revela, pues, nuestra capacidad de conectar nuestras acciones con la totalidad de nuestra biografía. De aquí que seamos capaces de conservar nuestro pasado, dirigir nuestro actuar presente y disponernos a obrar en el futuro.

Entre los pensadores medievales era común la afirmación de que el hombre se encuentra en el horizonte del tiempo y la eterni-

7. En relación con esto, son iluminantes las reflexiones de Agustín de Hipona en el libro X de las *Confesiones*.

8. Cfr. LAÍN ENTRALGO, P., *Antropología médica para clínicos*, Barcelona: Salvat, 1985, pp. 74-75.

dad, en el confín de las criaturas materiales y las espirituales. Por este motivo, el ser humano será considerado desde entonces como un «microcosmos», un ser en el que se dan cita todos los elementos del universo⁹. En ese sentido, cabe afirmar que la acción humana se apoya en un soporte biológico, pero trasciende el ámbito de lo meramente físico.

Además, el ser humano es capaz de objetivar sus propias actividades; esto es, crear expresiones más o menos estables de estas que sirvan de cauce a su acción. Dicha estabilización se realiza en la forma de hábitos y costumbres, pero puede organizarse además en diferentes elaboraciones culturales y técnicas¹⁰. La evidencia de estas expresiones, además, puede llegar a ser un criterio de discriminación a la hora de reconocer la presencia de restos humanos en los hallazgos paleoantropológicos¹¹.

9. Se trata de una noción presente en autores antiguos, pero elaborada particularmente desde el medioevo (cfr. WÉBER, É. H., *La personne humaine au XIII siècle: l'avènement chez les maîtres parisiens de l'acception moderne de l'homme*, Paris: J. Vrin, 1991, pp. 61-73; LOMBO, J. Á., *La persona en Tomás de Aquino*, Roma: PUSC, 2001, pp. 121-122).

10. Cfr. MURILLO, J. I., «Antropología», en *Diccionario de Teología*, C. Izquierdo, J. Burggraf y F. M. Arocena (eds.), Pamplona: EUNSA, 2006, pp. 42-47; LOMBO, J. Á., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *Biología y racionalidad...*, p. 63.

11. Los animales pueden asociar, a su conducta biológica, algunos elementos del mundo exterior. Pero, desde luego, no son capaces de elaborar sistemáticamente modelos de conducta que puedan ser repetidos por los demás, sino que más bien su comportamiento surge de un instinto propio de su especie. Como señala Leonardo Polo: «Técnica ha habido siempre, hasta el punto de que cuando se trata de fósiles con caracteres más o menos humanos, el criterio para decidir si corresponden efectivamente a un hombre se centra en averiguar si, en los lugares cercanos al hallazgo, se encuentran utensilios que pueden ser considerados como producidos. Este hecho es signo de humanidad» (POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, Madrid: Rialp, 2012, p. 127). Para una visión de conjunto de los datos paleoantropológicos, *vid.* una de las obras más reconocidas en este ámbito: HENKE, W., TATTERSALL, I., (eds.), *Handbook of Paleoanthropology*, New York: Springer, 2015.

A lo largo de estos cambios y elaboraciones, el ser humano no solo modifica lo externo a él, sino que se modifica a sí mismo, esto es, se autoconfigura en un proceso que recibe el nombre de humanización¹². Pero conviene subrayar que la construcción del mundo objetivo y la configuración de sí mismo no son procesos separados, sino que existe entre ellos un vínculo profundo. Efectivamente, el hombre habita en el mundo y, a través de sus hábitos, lo hace al mismo tiempo habitable, esto es, lo humaniza¹³.

El presente texto pretende acercarse a una comprensión de la acción humana en distintas fases. Ante todo, se subraya la importancia de la acción para la unidad del viviente humano, tanto en el plano de su constitución como en el de su desarrollo cronológico. Se pone de manifiesto, de esta manera, el orden y armonía que debe existir en el conjunto de las acciones humanas para garantizar la coordinación y estabilidad del individuo. Son especialmente relevantes aquí los dinamismos homeostáticos de cambio y estabilización para conectar las distintas dimensiones operativas del ser

12. Cfr. LOMBO, J. Á., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *Biología y racionalidad...*, p. 97.

13. José María Barrio lo ha expresado de una manera muy precisa y sintética, siguiendo algunas reflexiones de Heidegger sobre los sentidos de «ética» y «moral», de esta manera: «las costumbres firmemente asentadas en nuestra vida [...] suministran un cierto arraigo y cobijo, una bóveda axiológica que nos protege y permite que nos sintamos en nuestro sitio, que estemos afianzados en la existencia y en nuestro pensar y actuar estables y coherentes, que seamos reconocibles a nosotros mismos, no extraños. En este sentido, todo *habitus* es *habitatulum*. Por el contrario, para la persona que carece de pautas estables de pensar y actuar –de “criterio”– su vida está hecha de improvisaciones y bandazos: resulta inhabitable por incoherente, inaferrable e indisponible. Ese es el “imbécil” –carente de arraigo en su propio suelo–, el apátrida, el extraño o “extranjero” a sí mismo» (BARRIO, J. M., *El Dios de los filósofos: curso básico de filosofía*, Madrid: Rialp, 2013, p. 208).

humano, preservando la unidad de este en la compleja variabilidad de sus experiencias (capítulo I).

La unidad de las acciones puede estudiarse, ante todo, en el plano de la constitución de la identidad humana (lo que hemos llamado enfoque sincrónico). Desde esta perspectiva, cabe destacar especialmente el carácter circular de los procesos vitales humanos, que van constituyendo progresivamente la totalidad de la vida. Esos procesos se realizan en el tiempo a través de la conservación de la experiencia pasada, su aplicación en la realidad presente y la adquisición de disposiciones que permitan acciones futuras. De aquí la importancia de la función de la memoria, la atención y los hábitos en relación con esas situaciones temporales (capítulo II).

A su vez, es preciso describir el despliegue de la unidad de la persona humana en su acción a lo largo del tiempo (lo que hemos llamado enfoque diacrónico). En este sentido, el individuo se haya sujeto a una desorganización ocasionada por agentes internos o externos. Esta alteración, que tiende a un desorden patológico, se corrige a través de distintas intervenciones más o menos profundas. Además, estos procesos de desequilibrio y compensación tienen características propias en las distintas fases de la vida humana (capítulo III).

Finalmente, subrayamos la importancia de la interconexión entre la acción humana y sus propios resultados o productos. Esto equivale a una profundización de las relaciones de la biología con la cultura y la técnica. Todo ello, en definitiva, nos lleva a destacar la importancia de comprender la naturaleza humana en continuidad con sus realizaciones (capítulo IV)¹⁴.

14. Destacamos la noción de naturaleza, que ha sufrido grandes transformaciones a lo largo de la historia, en la que se conjugan elementos tanto metafísicos como antropológicos y éticos. Recientes desafíos, planteados por la investigación biológica y por la tecnología aplicada, plantean una cierta urgencia en la clarificación de este concepto. A este tenor, nos parecen especialmente

En resumen, el conjunto de esta investigación apunta a una comprensión de la persona humana como un ser unitario que vive a lo largo del tiempo, algo así como una «totalidad dinámica», que incluye no solo su estructura material constitutiva, sino también el conjunto de sus acciones.

En esta fase de nuestra investigación, nos hemos inspirado en muchas de las fuentes de nuestros trabajos anteriores¹⁵. Entre ellas, cabría establecer una división en tres grupos que a continuación se señalan.

En primer lugar, Aristóteles, tanto en la denominada «biología metafísica» como en sus tratados de psicología, ética y política¹⁶. Junto con él, dentro de su misma tradición, nos hemos servido de las reflexiones de Tomás de Aquino. También, y en línea con los anteriores autores, nuestro trabajo se apoya en las reflexiones del filósofo contemporáneo Alasdair MacIntyre¹⁷.

útiles las explicaciones de Spaemann en varias de sus obras. De manera especial: SPAEMANN, R., *Lo natural y lo racional*, Santiago de Chile: Instituto de estudios de la sociedad, 2011; SPAEMANN, R., LÖW, R., *Die Frage Wozu?: Geschichte und Wiederentdeckung des teleologischen Denkens*, München: Piper & Co., 1981.

15. Vid. LOMBO, J. Á., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *La unidad de la persona...*; LOMBO J. Á., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *Biología y racionalidad...*

16. Nos inspiramos aquí en varias obras de Aristóteles: *Acerca del alma, Ética a Nicómaco y Política*.

17. Un libro especialmente importante para nosotros ha sido MACINTYRE, A., *Animales racionales y dependientes: por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*, Barcelona: Paidós, 2001. Hemos recurrido también a una publicación más reciente: MACINTYRE, A., *Ethics in the conflicts of modernity: an essay on desire, practical reasoning, and narrative*, Cambridge: Cambridge University Press, 2016, que sintetiza, de alguna manera, toda su trayectoria filosófica [vid., también, BELLO RODRÍGUEZ, H. J., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *Valoración ética de la modernidad según Alasdair MacIntyre*, Pamplona: EUNSA, 2018; GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *La universidad en el proyecto sapiencial de Alasdair MacIntyre*, Pamplona: EUNSA, 2020; y, BELLO RODRÍGUEZ, H. J., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., «Alasdair MacIntyre», en *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*, F. Fernán-

En relación con este primer grupo de fuentes, Aristóteles y Tomás de Aquino¹⁸ nos han servido como inspiración de fondo en su comprensión unitaria de la acción y su concepción de la vida humana como una totalidad. MacIntyre, por su parte, nos ha ayudado a descubrir la profunda coherencia de la visión aristotélico-tomista en un contexto interdisciplinar entre el saber experimental y la reflexión filosófica, destacando especialmente la presencia de la vulnerabilidad y de la mutua dependencia entre los seres humanos.

En segundo lugar, nos hemos inspirado en autores de la tradición fenomenológica, principalmente en Max Scheler y Romano Guardini, junto a otros de esta misma línea –de contexto más vitalista– como, por ejemplo, Arnold Gehlen.

En tercer lugar, nuestro trabajo ha contado desde el inicio con el marco de referencia de las reflexiones antropológicas y éticas de autores contemporáneos como Robert Spaemann, Pedro Laín Entralgo y Leonardo Polo.

Junto a lo anterior, hemos tenido presente en todo momento las contribuciones ofrecidas –tanto en trabajos clásicos como en estudios más recientes– por la neurobiología y otras ciencias biomédicas, incluyendo en todo momento la psicología o la psiquiatría.

En el desarrollo global de nuestro proyecto, quedaba pendiente poner la acción humana en el contexto de la vida considerada como una realidad unitaria. El presente trabajo extiende, por ello, nuestras propuestas anteriores. En efecto, el estudio de la constitu-

dez Labastida y J. A. Mercado, (eds.), 2021. URL: <https://www.philosophica.info/vozes/macintyre/MacIntyre.html>].

18. En relación con este autor, los textos del Aquinate serán citados con una traducción al castellano propia de los autores.

ción psicobiológica de la persona¹⁹ y su aspecto distintivo respecto a los animales²⁰, nos ha conducido a un enfoque de la unidad dinámica del ser humano, que permite descubrir cómo esta se va construyendo y recomponiendo a lo largo del tiempo. En definitiva, este nuevo trabajo pretende enfocar la acción humana desde una visión sistémica. Ello implica una apertura a algunos aspectos de la biología y de la racionalidad que no habíamos tratado tan ampliamente hasta el momento, pero que dan una perspectiva unitaria al análisis del obrar humano.

19. Esta estructura se expresa principalmente a través de las actividades del conocimiento y de la afectividad. *Vid.* LOMBO, J. Á., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *La unidad de la persona...* Allí señalábamos también la especial relevancia de los procesos atencionales para la unidad dinámica del viviente (pp. 87-95).

20. *Vid.* LOMBO, J. Á., GIMÉNEZ AMAYA, J. M., *Biología y racionalidad...*